

Servei de Documentació:
« Acoger y anunciar al Dios de las periferias » (i III)



Servei de Documentació

Unió de Religiosos de Catalunya • Centre de Vida Religiosa i Espiritualitat
Plaça d'Urquinaona, 11, 2n 2a (08010 Barcelona) Tel. 93 302 43 67 sec.general@urc.cat - urc.info@gmail.com

Autor	Pepa Torres Pérez	205
Títol	Profetas de la comensalidad abierta. Eucaristía y profecía	
Font	Jornada de Formació Permanent de l'URC amb data de 17 de novembre de 2018. Tercera i última de les tres conferències que va pronunciar la seva autora, que n'és la font, a Barcelona.	
Publicat	13 de desembre de 2018	



ACOGER Y ANUNCIAR AL DIOS DE LAS PERIFERIAS

Pepa Torres Pérez Ap. C. J.
<http://pepatorresperezblogspot.com.es>
<http://redmiriam.blogspot.com.es>

PROFETAS DE LA COMENSALIDAD ABIERTA EUCARISTÍA Y PROFECÍA

1- A MODO DE INTRODUCCIÓN

Comida, casa y hospitalidad son el sueño de Dios para el mundo y por eso también signo de contradicción (Jn 13,1-15)

«Sin comida no hay vida. Cuando las personas que están muriendo de hambre comen, experimentan a Dios en cada grano. “Conocen” y “gustan de” Dios cuando mastican cada grano. La comida los vivifica. El mayor amor de Dios por quienes se están muriendo de hambre es la comida. Cuando el grano de la tierra sustenta su vida descubren el significado de la frase: De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo amado. Cuando Dios les da comida por medio de otros seres humanos comprometidos, Dios les entrega a su Hijo amado, Jesucristo» (Chung)¹.

¿Qué ayudarnos a mantenernos con esperanza e incondicionalidad en nuestros ambientes? No encuentro otra respuestas que la fuerza del amor, los vínculos de sentido y de afecto con las gentes con quienes compartimos sueños y luchas, vínculos que se rehacen y empoderan al compartir la mesa de la vida, la mesa de los derechos, la mesa de la inclusión, en definitiva la práctica de la comensalidad abierta con todo lo que ello implica, o dicho en el lenguaje de Casaldaliga *la fraterna y subversiva eucaristía*, que no es una liturgia, sino una existencia enraizada en la memoria peligrosa de Jesús, una *existencia vivida eucarísticamente*.

2- LA EUCARISTÍA COMO MEMORIA PELIGROSA QUE URGE A LA PROFECÍA

La Eucaristía no es un hecho fortuito ni aislado, sino que es la consecuencia de una forma de *estar en la vida de parte de Dios*, desde su misericordia y su ternura. El vocabulario bíblico de la ternura en el Antiguo se centra fundamentalmente en torno a las palabras *raham, rehem, rahamin*, términos que se refieren a las entrañas como sede del afecto y las emociones más profundas y asociados siempre a la compasión y la misericordia. Por su parte, En el Nuevo Testamento el término paradigmático referido a la compasión y la ternura es el verbo *splanjizomai*, cuyo significado está asociado a la acción de abrazar visceralmente, con las propias entrañas, los sentimientos o la situación del otro y cuyo texto más representativo es como veíamos estos días la parábola del samaritano (Lc 10,25-37). Desde la psicología y la antropología la ternura se concibe como una categoría relacional que mueve al cuidado, la protección y la expresión del afecto respetando la libertad del otro, sin imponerse, sin pretender manipular. La ternura pide permiso, se ofrece, no se impone, sino que se expone a la libertad, a la acogida o al rechazo. Así, la ternura va unida a la experiencia de vulnerabilidad. Por eso su reverso es la indiferencia, la manipulación, el

¹ Citado por E. Schussler Fiorenza, (2000). *Cristología feminista crítica*. Madrid: Trotta, pág. 182

poder y la violencia. Su expresión paradigmática es la caricia y su opuesto el maltrato. El Evangelio es la *Buena Noticia de la ternura* porque en él Jesús se nos revela como la compasión de Dios hecha carne, gesto, caricia, relación, que no se impone, sino que se expone a la acogida y a la libertad humana, que no supe lo humano sino que cuenta con ello. Una ternura que no está reñida con la indignación y el sentido crítico, como cuando nos urge a ser astutos como serpientes y sencillos como palomas (Mt 10,16), o a amar a los enemigos (Mt 5,42-43) o a no separar el trigo de la cizaña (Mt 13,24-30). Una ternura que se nos revela en un Jesús que llora de amor por el amigo perdido (Jn 11,1-45) o de impotencia ante la dureza de corazón de una ciudad que es el símbolo del poder y la ortodoxia implacable (Lc 19,41-48), un Jesús que respeta profundamente la decisión del joven rico pero no puede evitar que su corazón quede dolorido y afectado por ella (Mc 10, 17-30), o que ríe y banquetea con comilones, borrachos y prostitutas (Mt 11,19) o que juega con los niños poniéndose a su altura y ubicándoles en el centro (Mc 10, 13-16), o que acaricia a la mujer encorvada y la ayuda a ponerse de pie y restituir su dignidad herida (Lc 13,10-17) o que se pone de parte de la mujer adúltera y la hemorroisa asumiendo que la ira del templo y sus representantes caerá por ello sobre él. (Jn 7,53; 8-1; Mc 9,25-34). La ternura y la compasión configuran la vida y la misión profética de Jesús y, por tanto, su destino. Constituyen una forma de estar en la vida afectada por el sufrimiento y los sueños de alternatividad de quienes no pueden más y comprometida a fondo perdido con ellos. Implica una indignación ética y una postura social comprometida de parte de las víctimas. Tiene consecuencias que afectan a la polis, al sistema y por tanto estructurales.

La compasión y la ternura constituyen una forma radical de crítica, porque con su praxis anuncian que todo dolor ha de ser tomado en serio, que ninguna injusticia ni sufrimiento ha de ser concebido como algo normal ni natural. Por eso la ternura y la compasión, vividas al modo de Jesús, resultan altamente sospechosas e inaceptables para el status quo y también para nosotros y nosotras, porque desinstalan nuestra visión de la realidad, nuestra imagen de Dios y nos urgen a modificar nuestra manera de posicionarnos en ella. Tanto en la época de Jesús, como en la nuestra, la compasión es una relación no permitida a la hora de estructurar la legalidad. Los imperios y los mercados no se construyen ni se sustentan sobre la base de la compasión. Las normas legales no suelen adaptarse a la personas, sino que son las personas las que han de adaptarse a ellas, de lo contrario las normas se irían al garete y con ellas todo el sistema de poder².

Como contemplamos a lo largo del Evangelio la compasión de Jesús es un *tocar y dejarse tocar* por el sufrimiento y los sueños de los últimos y desde ahí revelar el corazón del Abba como un corazón sin periferia. Un corazón cuya voluntad histórica es que la vida sea un banquete permanente, en el que no haya personas, pueblos culturas, sexos, razas, etc, descartables, una comida popular sin primeros ni últimos, donde corra el vino de la justicia y la alegría y el pan que dé saciedad y plenitud a cada corazón humano, cada pueblo y cultura. Como nos dice el papa Francisco, la ternura constituye una revolución inaugurada por Jesús pero pendiente aún en nuestro mundo [EG 22]. No sólo en las relaciones personales y familiares, sino también en la vida social y política y en la relación con la madre tierra. La ternura es eucarística y en Jesús se hace *ternura entregada hasta el extremo*. La compasión y la ternura nos complican, como a Jesús, con aquellos y aquellas a quienes más les es negada hoy en nuestro mundo. Por eso, como nos narra el evangelista Marcos, las prácticas compasivas de Jesús van a ser vistas bajo sospecha, porque son signos de que otras relaciones, otro sistema, otro Dios, son posibles y por tanto se puede dismantelar el vigente.

² Walter Brueggeman, *La imaginación profética* (2009). Santander: Sal Terrae.

Desde esta clave entendemos mejor que tras una curación en sábado, en el corazón de la sinagoga, los fariseos y herodianos se pusieron de acuerdo para acabar con Jesús (Mc 3,1-6). La actitud tierna y misericordiosa de Jesús es denunciadora de un mundo inhumano y violento en el que predomina la ley del más fuerte, la que imponen todos aquellos para quienes su fuerza es la norma del derecho (Sab 2,11). Para Jesús, sin embargo no hay más ley que el amor y su norma no es otra que volcar toda su ternura y afecto en el cuidado y la dignidad de los y las más vulnerados. En Jesús Dios se adentra en la densidad de conflictos de la historia ganado por el sufrimiento, por las lágrimas y la debilidad humana. Por eso la ternura en Jesús es eucarística, es ternura entregada hasta el fin, sin esperar condiciones óptimas o ideales para hacerlo, sino encarando la realidad tal cual es.

1.2. COMPARTIR LA MESA: LUCHAS, SUEÑOS Y RIESGOS

La Eucaristía no es un acto, es un dinamismo existencial, un proceso. Fue gestándose a lo largo de toda la vida de Jesús, a través de sus palabras, sus gestos, encuentros, actitudes:

- En su deseo de dar vida, una vida que es entregada gratuita y libremente (Jn 10,10; Jn 6,35).
- En su compasión por el hambre de la gente y en su capacidad de descubrir no sólo carencias, sino también potencialidades y crear complicidad apostando por buscar alternativas comunitarias para saciarla (Jn 6,5-11).
- En sus gestos de incluir, reunir, hacer mesa común con pecadores, mujeres, recaudadores, de impuestos y gentes «no bien vistas» (Lc 15,2), (Mt 11,18-19; Mt 9,9-12).
- En su oferta de comunión y de intimidad con el Padre (Jn 6,56).
- En la interpretación de tantas dimensiones de la vida del reino: la voluntad del Abba y sus promesas en clave de banquete (Mt 22,1-11), el ansia de justicia y saciedad para los hambrientos y desposeídos (Lc 16,19-20), el servicio (Lc 12,37).

La Eucaristía arranca del gusto de Jesús por comer con un tipo de gente y expresar así su ternura hacia los más excluidos y excluidas. Comida, casa y hospitalidad son los grandes signos del reino. En torno a la mesa se expresan los valores de un nuevo orden social. La hospitalidad, la casa y la comida compartida son sacramento del sueño de Dios sobre la humanidad y el cosmos, pero son también fuente de conflicto y signo de contradicción. Por eso como dice Javier Vitoria³ a Jesús le mataron por su forma de comer. La comida es un protosímbolo en todas las culturas. Constituye la forma primaria de iniciar y mantener relaciones humanas unidas a la de acción de gracias y al ofrecimiento. En el estudio de una cultura cuando se descubre dónde, cuándo y con quien es ingerida la comida se puede deducir en consecuencia cuales son las relaciones existentes entre los miembros de esa sociedad. Así sucedía también en la cultura judía contemporánea de Jesús. Por eso la mesa común entre judíos y paganos era condenada. Se consideraba impura, puesto que los segundos no cumplían los rituales establecidos, al igual que los pobres, que no podían hacerlo por carecer de medios para ello. En la sociedad de Jesús la comensalidad dominante era una *comensalidad cerrada*. Sin embargo la comensalidad de Jesús va a ser una *comensalidad abierta*. Jesús no sólo come con sus discípulos ni con «los puros» ni «bien vistos», sino que come con paganos, pobres y malditos, come con los amigos de Mateo (Mt 9,10) o con Zaqueo o acepta invitaciones que provoca escándalos de modo que es acusado de comedor y bebedor (Mt 11,18-19) (Lc 7,34), ofrece el banquete del Reino a quienes andaban por los caminos mandando a un criado salir a buscarlos (Mt 22), acoge

³ Vitoria Cormenzana, F. Javier (2013). Una teología arrodillada e indignada. Santander: Sal Terrae.

en una comida las caricias de una pecadora, poniéndola como ejemplo ante el resto de los comensales (Lc 7,36 ss).

Las comidas de Jesús resultan escandalosas porque quiebran una imagen de Dios e inauguran otra. Al comer con pecadores y malditos, Jesús invoca con ellos la bendición y estas gentes estaban excluidas de Dios por su pecado, por sus biografías imperfectas. Las comidas de Jesús con los pecadores muestran que Dios es un Dios compasivo y misericordioso cuyo Reino pertenece a los últimos, pese a las leyes políticas y religiosas que legitiman lo contrario. En este sentido las comidas de Jesús con los pecadores y malditos son un signo evangelizador mucho más fuerte que sus palabras. Por eso también nosotros y nosotras, hoy, en la sociedad de la exclusión donde tanta gente vive de «migajas», partir el pan de nuestra vida, tiempo, energías, afecto, ocio, propiedades, con los excluidos, visibilizar su realidad, sentarnos a su mesa e invitarles a la nuestra es un signo evangelizador suficientemente explicativo en sí mismo, que continua desafiándonos como Iglesia.

La comunión de mesa implica participación, reconocimiento de la dignidad de toda persona cualquiera que sea su apariencia y condición. La comensalidad consagra la vecindad, la igualdad, la amistad. Quienes comen juntos hacen causa común, entran en complicidad. A través de la comensalidad abierta de Jesús el reino se anticipa ya entre nosotros, se inaugura la inclusión como forma alternativa de relación y organización social. Si Dios reina significa que ya no han de reinar unos hombres sobre otros, unas clases sobre otras, unos pueblos sobre otros, un sexo sobre otro, una etnia sobre otra. Es decir, que a Dios sólo podemos acogerlo Padre y Madre si la humanidad nos sentamos a compartir como hermanos y hermanas la mesa común de la vida. Por eso la comensalidad de Jesús resultó muy incómoda para los poderes religiosos y políticos de su época como sigue resultando hoy, porque como dice Casaldáliga la Eucaristía es subversiva o dicho de otro modo con una metáfora zapatista⁴:

«En la globalización actual se está cuadrando el mundo y se le están asignando rincones a las minorías indóciles. Pero sorpresa, el mundo es redondo. Y una característica de la redondez es que no tiene rincones. Queremos que no haya más rincones para deshacerse de los indígenas, de la gente que molesta, para arrinconarla como se arrincona a la basura para que nadie la vea».

Por eso las comidas de Jesús hacen visible el gesto de que el mundo es redondo y no se puede arrinconar a nadie.

Hoy son muchas las personas y pueblos arrinconados y expulsados del banquete neoliberal que acontece en nuestro mundo:

- Son las más de 42.500 personas al día que se ven obligadas a abandonar sus países de origen por causa de las guerras, la violación de los derechos humanos, el hambre o la falta de futuro y reclaman hospitalidad y ciudadanía más allá de tener papeles o no tenerlos, más allá del color su piel, su sexo, su religión, su etnia y su situación socio-económica.
- Son los excluidos y excluidas del derecho a la vivienda, quienes viven la pobreza energética mientras los bancos y las grandes empresas se enriquecen con su exclusión y despojo.
- Son los cuerpos abusados y maltratados de las mujeres que sufren violencia de género, o los cuerpos de las desaparecidas en los feminicidios en el mundo o convertidos en campo de batalla y botín de guerra.

⁴ El País, 7 Septiembre, 2000.

- Son los más de 10.000 niños y niñas refugiados, desaparecidos en las fronteras de Austria y Hungría por el negocio de las redes de trata de seres humanos, ya sea en el trabajo sexual o el trabajo doméstico o manual esclavo.
- Son los excluidos y excluidas a la igualdad de oportunidades en el derecho a la educación la salud, el empleo.
- Son el precariado y los parados de larga duración: son los trabajadores y trabajadoras de los talleres sumergidos en los barrios periféricos de nuestras ciudades, en las maquilas centroamericanas, o en las fábricas textiles de Bangladesh con cuyas marcas nos vestimos.
- Es la madre tierra expoliada por los intereses del lucro y del mercado, que masacran no sólo sus recursos sino comunidades enteras y a sus líderes y lideresas, como Berta Cáceres y tantas otras mujeres defensoras de Derechos Humanos y ambientalistas. Su gemido se une al gemido de los más y las más abandonadas de la tierra que reclaman un cambio de rumbo, como nos urge el papa Francisco en Laudato si [LS 53].

En la Eucaristía Jesús nos pregunta por ellos, los reclama. Nos interroga por su lugar en la mesa común de la vida y los derechos y nos recuerda que tenemos algo pendiente, algo que hacer en memoria suya (Lc 22,19-1). Jesús, El anfitrión, se convierte en el que sirve (Lc 22, 27-28), coge la jofaina y con toalla en mano, se agacha para lavarles y lavarnos los pies y nos urge a hacer lo mismo (Jn 13, 15). Con este gesto, al situarse desde abajo, rompe la verticalidad y la dialéctica del amo y esclavo, de los de dentro y los de fuera, inaugura el orden circular del Reino, donde nadie es descartable. Nos revela un rostro nuevo de Dios: el Dios cuidadoso y compasivo, identificado con los últimos y últimas, que desde el último lugar sirve, sustenta, universaliza, iguala, inaugurando de este modo la horizontalidad del Reino y denunciando toda violencia y dominación.

Como a Pedro, el gesto de Jesús sigue provocándonos, porque si a algo tenemos pavor es a quedarnos los últimos y a ponernos en su lugar. Desde aquella *última Cena* de Jesús celebrar la Eucaristía conlleva siempre una pasión y un riesgo, la de entregar a vida al modo de Jesús, la de partirla y repartirla con todos los que se quedan fuera de los banquetes y se sienten sin derecho a ello. Sin embargo, la tentación que tenemos permanentemente es domesticar la Eucaristía, convertirla en una liturgia aséptica y rutinaria, en un acto de piedad individual o en un espectáculo. Entrar en comunión con el Dios de Jesús conlleva siempre el «Haced esto en memoria mía», seguir actualizando la existencia al modo de Jesús. La Eucaristía no es un «gustirín» evasivo ni individualista, ni una devoción particular sino que conlleva disgustos, compromiso agradecido y gratuito hasta que la creación entera y la humanidad toda ella sea eucarística. Lo que ha salvado al mundo no es una liturgia celebrada en un templo, sino la ejecución de un hombre que se hizo inaguantable a los poderosos de este mundo por su amor a los pequeños y a los pobres. El Gólgota no es una liturgia eclesial, sino una porción de la vida humana. Celebrar la Eucaristía es actualizar la memoria subversiva de Jesús en nuestro mundo, por eso es siempre un riesgo y una desinstalación. Así ha sido en la vida de tantos hombres y mujeres mujeres testigos que nos han precedido:

-Oscar Romero (28 de mayo del 1978)

«Si creemos de verdad que Cristo es el pan vivo que alimenta el mundo, la fe de los cristianos no puede ser lánguida, miedosa, tímida sino que de verdad, como decía Juan Crisóstomo: “cuando comulgas recibes fuego, deberías de salir respirando la alegría, la fortaleza de transformar el mundo”».

-Lucho Espinal: (*Oraciones a quemarropa*: nos urgía a no separar a Dios del mundo, como hizo Jesús:

«Tú nos has dicho que lo que hacemos a los demás lo hacemos a Ti. Lo hemos olvidado; y ahora, parece que las personas nos estorban para llegar hasta Ti. Como cátaros te buscamos en soberbia soledad. Ábrenos los ojos para irte encontrando en cada rostro, para comulgarte cada vez que estrechamos una mano o sonreímos».

Etty Hillesum:

“He roto mi cuerpo como el pan y lo he repartido entre los hombres pues estaban hambrientos y venían de una larga privación”

Años antes había escrito

“Las circunstancias exteriores forman un decorado y una acción cambiantes, pero lo llevamos todo en nosotros y las circunstancias no desempeñan nunca un papel determinante, siempre habrá situaciones buenas o malas que aceptar como un hecho consumado, lo que no impide a nadie consagrar su vida a mejorar las malas. Pero es preciso conocer los motivos de la lucha que llevamos adelante y empezar por reformarnos a nosotros mismos, y volver a empezar cada día “

Nuestra tradición como compañeras y compañeros de Jesús arranca de una memoria peligrosa ¿Cómo ayudarnos a no domesticarla? ¿Cómo actualizar hoy en nuestros barrios la memoria subversiva de Jesús? ¿Qué Getsemanís existenciales y sociales nos urge a afrontar y acompañar más allá de toda frontera o legalidad injusta? ¿Dónde encontramos las fuentes de nuestra energía para poder hacerlo? ¿Que mesas tenemos que compartir juntas y juntos? ¿Y qué cantos entonar en colectivo?

Porque el seguimiento de Jesús va de banquetes, de fiestas, aunque nos conduzca también a Jerusalén y al Gólgota. La vida cristiana no termina el viernes santo sino la mañana de Pascua. Por eso somos urgidos a ser cantores y cantoras más que plañideras. Nuestra misión es cantar.

Por eso como señala Joaquín García Roca:

“Con los cantos llegan las motivaciones y las resistencias, con los cantos llegan las palabras al abatido, se despiertan las energías colectivas. Los cantos no solo anuncian una tierra sin males sino que muestran que es bella y deseable y que vale la pena construirla, al cantar juntos de algún modo ya estamos arrebatándole territorio a la exclusión y al derrotismo...Somos invitados e invitadas a cantar una melodía sinfónica y mestiza, con voces plurales... Un canto que a menudo va a estar fragmentado en mil pedazos por los vaivenes de la insolidaridad, por la presencia continua y constante del sufrimiento humano innecesario”

Lo nuestro es la esperanza, aunque a menudo sea *una esperanza enlutada*. Las lágrimas, el duelo, la pena, no son la palabra definitiva en la historia. Las gentes de nuestros barrios nos urgen a tararear juntos un estribillo: *Enjuga las lágrimas, hay esperanza para el futuro* (Jer. 31, 16-17)

Terminamos con un video que nos recuerda que aun cuando todavía es oscuro...ya viene el sol...ya está viniendo.